LA OXILEA.

NOVELA COMICA.

ESCRITA EN ITALIANO

POR

DON JUAN AMBROSIO [redacted]

TRADUCIDA AL CASTELLANO.

CON LICENCIA
EN LA OFICINA DE DON BENITO CANO.
AÑO DE 1808.

al lustre de su casa y altos empleos, las virtudes mas sobresalientes, tanto mas loables, quanto mas prevalecian enmedio de una corte corrompida por el luxo, y demas desórdenes que la opulencia y riquezas producen regularmente. Este caballero habia casado en su juventud con una señora, no rica, pero hermosa y amable, llamada Aremona, á la que queria tiernamente; pero como nada puede ser completo en este mundo, todos los placeres que gozaban estos dos esposos, iban mezclados del desconsuelo de la falta de sucesion, y estando casi sin esperanza de tenerla, el cielo por fin se apiadó de sus continuos ruegos, y llenó la casa del mayor consuelo y regocijo. Sintióse Aremona en cinta, y á su tiempo dió felizmente á luz dos hermosos gemelos, el uno varon y la otra hembra; pero tan parecidos ámbos, que en nada se diferenciaban. Pusiéronles por nombres, al niño Oxîlax, y Oxîlea á la niña, y qui-

so su madre criar á los dos á sus pechos, porque conocia las ventajas que de ello resultan (a); pero al cabo de algunos meses se vió en la dura necesidad, á causa de su delicada complexîon, de entregar á una ama la hija, prosiguiendo ella en dar el pecho á Oxîlax, que fué siempre el mas querido de sus padres, y especialmente de Ansiro.

Apénas tenian estos niños quatro años, quando sus gracias naturales eran ya el embeleso de su casa y la admiracion de toda la ciudad. En este tiempo le fué preciso á Ansiro ausentarse de ella, para ir á tomar el mando del exército que se juntaba contra el Rey del Pegú (b), que ha-

(a) ¡Dichosos nosotros, si por ventura llegasen á conocer estas utilidades todas las madres de nuestros tiempos!

(b) Pegú, capital y reyno del mismo nombre, situado en la península, mas allá del Ganges, y confinante con el reyno de Siam. Es pais muy abundante en piedras preciosas, en un palo de bello olor, llamado Tek, y en madera de construccion. Tambien hacen

bia declarado la guerra al de Siam. Es por demas ponderar el sentimiento que ocasionaria á Ansiro la separacion de su familia ; basta considerar que en medio de la entereza que afectaba para ocultar su dolor, se traslucia la amargura que le causaba el verse precisado á dexar las mas caras prendas que ocupaban todo su corazon. Su amable esposa, y sus inocentes hijos, enternecian las piedras con su llanto, ya por perder su compañía, y ya por considerar tambien los riesgos á que iba expuesto.

En el discurso de dos años todas las noticias de Ansiro fueron favorables, pues siempre victorioso de los enemigos de su patria, se hallaba coronado de laureles; pero quando se estaba esperando volverlo á ver en breve, cayeron enfermos de peligro los dos mellizos, y á po-

comercio en cera, marfil y estaño. En el dia depende del reyno de Ava.

cos dias murió Oxîlax. La afliccion de la madre fué de las mas grandes, haciéndola mayor la consideracion de peligrar asimismo la vida de su esposo en llegando á saberlo. En lance tan crítico, le ocurrió ocultarle su muerte, dándole en su lugar noticia de la de su hija Oxîlea, que no le habia de ser tan sensible, y esperando á que el tiempo le abriera camino, para darsela de modo que le fuera ménos dolorosa. Así que se restableció Oxîlea le hicieron tomar el nombre de Oxîlax, y vestida en trage de varon, ocupó el lugar de su hermano. Solo á la ama que habia criado á Oxîlea, confió Aremona este secreto, y aquella que por haber muerto su marido miraba la casa de Aremona como su único recurso, y amaba á Oxîlea como su hija propia, se comprometió á seguir en todo esta resolucion, siendo fácil disimular el engaño, por lo parecidos que eran en todo los dos hermanos.

La supuesta muerte de Oxîlea, habiendo llegado á noticia de su padre, le fué mas sensible de lo que creia su esposa; de suerte, que del pesar cayó enfermo, y llegó á estar de bastante peligro; pero habiéndose recobrado un tanto, el Rey, que le estimaba mucho, le concedió licencia para pasar á su casa á fin de que convaleciese mas pronto en medio de su familia. Pero apénas pudo gozar de este consuelo, porque teniendo noticia el Soberano de una sublevacion en el exército, y de que aprovechándose los enemigos de ella y de la ausencia de su xefe, venian á toda priesa á recuperar lo que habian perdido; no hallando el Rey otro recurso para remediar estos males, que la presencia de su general Ansiro; le mandó volver al exército con la brevedad posible; de suerte, que Aremona no tuvo tiempo para desengañar á su marido, ni este mas que para consolarla en su afliccion; y abrazando al que

tenia por Oxîlax, despues de muy tiernos cariños le dexó en los brazos de su madre, para que templase el sentimiento que la causaba tan inexperada y acelerada partida.

Su llegada apaciguó el exército, y acometiendo luego con su acostumbrado valor é intrepidez á los enemigos, los derrotó enteramente y ganó una completa victoria, á la que se siguieron unas paces muy ventajosas; pero Ansiro salió tal mal herido, que no pudo coger el fruto de ella ni de sus hazañas, muriendo de sus resultas al cabo de dos dias. Su falta fué muy sentida de todos, y generalmente llorada, pues se hacia querer por su valor y su bondad: el Rey mismo hubiera perdonado sus conquistas, y aun dado la mitad de su corona, por no perder tan gran soldado. Y si fué tan sensible su falta para los que no eran sus deudos, ¿quál seria el desconsuelo de su amada esposa? Sin duda que la fuerza del dolor la hubiera

arrastrado al sepulcro, á no templarla la consideracion, de que, de su conservacion pendia el bien de su disfrazada Oxîlea, la que continuó en el trage de varon; pero ya con distinto motivo que ántes, que era el de conservar por este medio la posesion de la mayor parte de los bienes, pues segun el uso del pais, solo heredaban los varones, con exclusion de las hembras.

Oxîlea con la costumbre, tomó tanto el ayre natural de hombre, que en nada parecia muger, ni se le notaba jamas el menor descuido, de modo que hasta en sus diversiones y entretenimientos no desmentia el sexô que aparentaba.

Tenia Aremona un hermano, que habiendo seguido en su juventud la corte, se habia retirado de ella, y vivia en una ciudad de provincia. Este, que no tenia la mas leve sospecha del disfraz de su sobrina, quiso llevarse consigo al que creia Oxîlax para que en su com-

pañía recibiese mejor educacion, que la que tendria con el cariño y mimo al lado de su madre: no sin grande repugnancia, dió esta su consentimiento; bien que confiaba en la prudencia con que hasta entónces habia guardado su hija el secreto; pero para mas asegurarse de que en adelante no se apartaria jamas de sus ideas, la tomó ántes de marchar solemne juramento, de que no revelaria á nadie lo que tanto la importaba ocultar. ¡O ambicion á quánto obligas!

La instruccion de Oxîlax (que así le llamaremos de aquí adelante) fué completa; su aprovechamiento correspondió á su aplicacion, á su talento y á los deseos de su tio, que le amaba tiernamente. Concluidos sus estudios le pareció á el tio, que convenia llevarle á la corte, presentarle al Rey, y recordarle los servicios de su padre para pretender la recompensa. Tenia ya en este tiempo Oxîlax quince años; era hermo-

so, y de bastante estatura respecto de su edad y sexô: un ayre marcial bien sostenido, y un agrado natural que robaba los corazones de quantos le miraban, formaban el mas amable conjunto de prendas que puede desearse, y anunciaba el mas cabal y cumplido mérito.

Con estas consideraciones é intento, se pusieron en camino para la corte de Siam: luego que llegaron y se presentaron al Rey, halló Oxîlax tal acogimiento, que no solo le colmó el Rey de beneficios, recompensando con magnificencia propia de un Soberano los méritos de su padre Ansiro, sino que quiso tambien que se quedase en palacio al lado del Príncipe Tombur, su hijo, heredero de la corona, y de la Princesa Arisma, hermana de este, ámbos de casi la misma edad que Oxîlax.

Componia su corte la Princesa Arisma de todo lo mas hermoso, brillante, y de mayor actractivo que habia en aquellos reynos orientales;

hallándose en ella lo mas lucido de la principal nobleza. En una corte tan galante le pareció á Oxilax que debia contribuir por su parte á su mayor explendor, y para ello se propuso hacer mas al vivo el papel que aparentaba, dedicando sus rendidos obsequios á alguna de las muchas bellezas que sobresalian en ella con sus gracias. Recayó su eleccion en Ismelia ſavorita de Arisma, que la juzgó mas á propósito para ser víctima de su ficcion: sus ojos (que siempre son el lenguage mudo de amor) dieron principio á la escena, no estando acostumbrado Oxîlax á pronunciar lo que aun no habia sentido su corazon; pero apoyaba con su constancia quanto suponian sus ojos, dando en rostro y molestando á los que creia que eran sus rivales.

La eficacia de sus servicios (que conoció no ser despreciados) le alentaron del tal suerte, que no dexaba escapar un solo instante en que no

la diera nuevas pruebas de su aficion, y proporcionándole su estancia en palacio continuas ocasiones, siempre le veian donde se hallaba Ismelia, y si hablaba todo eran alabanzas de Ismelia, que prodigaba sin cesar; en fin llegó á manifestarla tal pasion, que nadie hubiera podido considerarla fingimiento; no es mucho que Ismelia cayese en el lazo, y correspondiese á un amor tan fino y bien aparentado. En efecto así fué, no tardando en publicarse un galanteo, que hizo muchas envidiosas, y algunos desgraciados. Sin embargo Oxìlax (que no podia sacar fruto de semejante empresa) se hallaba en el colmo de sus satisfacciones, sin saber por qué. El Principe Tombur solia tomarlo por su cuenta y divertirse á su costa, dándole la enhorabuena de su eleccion, y apurándole para hallarle sin salida; pero Oxìlax respondia sin cortarse, siguiendo ó llevando adelante la chanza con tal donayre que lo

desarmaba facilmente, compladiéndose en esto de tal manera el Príncipe, que luego le abrazaba con la mayor ternura y confianza, alentándole á proseguir su buena fortuna.

No le era tan fácil satisfacer á la Princesa Arisma, que en la seriedad de su semblante y con sus indirectas, manifestaba y daba á entender lo poco que aprobaba su inclinacion, aunque otras veces se reprimia y disimulaba, considerando que no podria lograr ella el fin de una pasion á que se oponian tantas razones de estado, pero como el amor todo lo atropella y facilita, hallaba otros tantos recursos que alentaban su esperanza. Estos combates la traian desazonada y distraida, y aunque Oxilax sospechaba alguna cosa por las acciones y poca reserva de la Princesa, como se conocia, no le estaba bien abusar de ella como de Ismelia. Esta que hallaba en su amante el partido mas ventajoso de la corte, juntando al

mérito personal sus muchas riquezas y el favor del Soberano, le correspondia siempre fina, teniéndose por la mas dichosa y mas favorecida de la fortuna.

Un dia que acompañaba Oxîlax á la Princesa y á Ismelia á los jardines, se fueron insensiblemente acercando á un hermoso vergel que estaba á lo último, tapizado de una alfombra de entretexidas y olorosas flores; pero sobre todo abundaba de unos bellos matizados claveles, reputados por los mejores de toda el Asia, y á los que Arisma tenia grande pasion; esta le mandó á Oxîlax, que la hiciese un ramo de ellos, y obedeciendo al instante, escogió los mejores y se los presentó: recibiólos con la mayor benignidad y complacencia; pero pareciéndole á Oxîlax, que siendo obsequiante de Ismelia, debia manifestarlo su fineza, se apartó un poco de las dos, y á breve rato volvió con otro ramo que ofreció á Ismelia: iba esta

á tomarlo, quando la Princesa alargando la mano lo arranca de las de Oxîlax, y le dice (mirándolo): tus ojos sin duda hicieron la eleccion de los primeros claveles; pero tu corazon fué quien escogió los segundos. Señora, le respondió Oxîlax, mi respeto y mi ternura son ámbos nacidos de la sensibilidad del alma; y así os suplico os digneis de creer que mi corazon presidió al uno y al otro. Pues para no exponer la eleccion, replicó la Princesa, me quedaré con los dos, que no seria decente que Ismelia se aventajase con el suyo. Apénas Arisma habia pronunciado estas palabras llevada del primer movimiento de su ardor, quando ya se arrepintió, conociendo que habia declarado su pasion y sus zelos, y en el instante el rubor se apoderó de su bello rostro. Ismelia advirtió la turbacion de la Princesa, y conociendo de donde provenia, se quedó cortada y perplexa, no quedándolo ménos Oxîlax.

Un mudo silencio ocupó á los tres en su pronta vuelta á palacio. Asi que Arisma quedó en su quarto, se retiraron los dos amantes, y hallándose sin estorbos: prorrumpió, Ismelia, con un profundo suspiro, en estas palabras; ¡Ay, Oxîlax! ¡qué es lo que he visto! ¡qué es lo que he oido! no estoy en mí; ¡la Princesa te ama! es hermosa, pero sobre todo es Princesa, y se ha declarado. ¡Qué desdicha! y queriendo proseguir, no acertó, ni aun casi á sostenerse; Oxîlax se acerca á ella, la reconviene y procura calmar sus sobresaltos: le dice, que la beldad de Arisma, su dignidad, y quanto pudiese hacer á otro feliz, son unos vanos títulos que no tienen atractivo, poder, ni entrada en su corazon: la Princesa puede hacer envidiosos, prosigue, pero no amantes; esto te está á tí sola reservado; y nada podrá entibiar la fidelidad que te he jurado.

Algo parece que tranquilizaron

el ánimo y las desconfianzas de la bella é inocente Ismelia, estas razones de Oxîlax; pero fuese que ella estuviese ya indispuesta, ó que le hiciese tan fuerte impresion el pensar en la rival tan poderosa que habia descubierto, y que creyese perder al que únicamente podia hacer su felicidad: lo cierto es, que desde aquel instante se apoderó de ella una tan fuerte melancolía, que de allí á pocos dias la postró en una cama, y espiró en ella, sin que nadie conociese el orígen de su mal: solo Oxìlax tuvo algun fundamento para persuadirse que él tenia gran parte en su desgraciada y temprana muerte, por algunas palabras que profirió ántes de espirar. Anduvo Oxìlax absorto, distraido, y como fuera de sí por algun tiempo; lo que atribuian los que sabian los obsequios que le hacia, á una prueba del grande amor que le tenia; quando no era sino sentimiento de haber abusado de su credulidad, aunque

jamas pudo presumir que llegase á producir tal efecto.

Esta desgracia, que dexaba entera libertad á la pasion que le habia manifestado la Princesa, pareció entibiarse en ella quando se vio sin competidora; mas estaba el fuego encubierto entre las cenizas, conservándose allí reconcentrado, para aparecer con mas fuerza quando se presentase la ocasion, que no tardó, como se verá.

Los Siameses y Peguanos habian sido siempre mortales enemigos, no manteniéndose en paz sino el tiempo preciso para recuperar las pérdidas que hacian miéntras duraba la guerra. Ya habia seis años que duraban las últimas paces ajustadas, y empezaban á esparcirse rumores de un próximo rompimiento. Los Siameses se hallaban, por la muerte de Anciro, sin xefe hábil y de experiencia, que poder oponer á los del Pegú: estos tenian en el Príncipe Marimaro heredero de aquella

corona (que habia hecho las últimas campañas) un jóven instruido, de gran valor, y que prometia mucho. El Rey de Siam, de una edad muy abanzada, y Tombur su hijo, de una complexîon débil y sin experiencia, prometian pocas ventajas; y conociendo al mismo tiempo las pocas utilidades que habian producido las continuas guerras, aun las que les habian sido mas favorables: exîgia la prudencia evitar el venir á las manos; y así el Rey de Siam entró en negociacion, proponiendo una alianza entre las dos Monarquías, que perpetuase la paz: casando á la Princesa Arisma, su hija, con el jóven Príncipe Peguano. Entablado este pensamiento y ajustados los contratos, quiso el galan Marimaro dar á conocer la satisfaccion que lograba con esta union, pasando á la corte de Siam á buscar á su prometida Princesa. Púsose en camino, seguido de un acompañamiento compuesto de la juventud

mas brillante de su corte, y entre ellos el Príncipe de Mortara su primo, mozo de unas prendas estimables, que sobresalia entre todos por su hermosura, destreza y habilidades. A la noticia de acercarse esta comitiva, salió el Rey á recibirla, con el mayor aparato y regocijo. Llegaron todos á palacio, en donde estaba preparada la habitacion para el Príncipe Marimaro; y halló, en efecto, no ser ponderacion lo que la fama habia divulgado acerca de la hermosura de Arisma, y de lo magnífico de su corte. Al Príncipe de Mortara lo aloxaron inmediato á palacio, y lo demas del acompañamiento se repartió en las casas de los principales cortesanos, que deseaban con ansia conciliarse el afecto de sus nuevos aliados, agasajándolos á qual mas con todo género de obsequios.

Las funciones que estaban preparadas, fueron suntuosas y dignas de admiracion: en las que compitieron la riqueza con el ingenio. Entre

otras diversiones, quiso el Príncipe Tombur que representasen en su habitacion una comedia que él mismo habia compuesto, y que no se habia executado por hallarse algo indispuesto Oxîlax, que tenia el papel de primera dama. El Príncipe de Mortara, que era tambien muy aficionado, significó que entraria gustoso á hacer un papel en ella; y aunque estaban todos repartidos: la cortesanía exîgia se le complaciese: y así se le dió el papel de primer galan. El asunto de la pieza era amoroso, interesante y de los mas bien expresados conceptos; en el qual Mortara, con el nombre de Rosamor, fingia estar enamorado de Oxîlax, baxo el nombre de Rosana; y esta, el de corresponderle fina y apasionada. Llegado el dia de la execucion que fué el mismo del restablecimiento de Oxîlax: fué completa la ilusion de parte de los del Pegú, que no lo habian visto hasta entónces, y lo tuvieron por la muger

mas hermosa que podia caber en lo humano; pero en particular el Príncipe de Mortara se enamoró efectivamente del conjunto de tantas gracias como se hallaban en Rosana. La Princesa Arisma, complaciéndose de su engaño (que por tal lo tenia), quiso prolongar la chanza, y mandó á Oxîlax que asistiese al bayle que habia de seguirse despues de la comedia con el mismo trage que habia representado; insinuando á los demas de la corte que por ningun motivo descubriesen esta metamórfosis á los del Pegú.

El enamorado Príncipe de Mortara estaba impaciente, pareciéndole tardaba ya mucho la ocasion de declararse al objeto de su amor, y manifestarle la impresion que sus ojos habian hecho en su corazon. Llegó pues la hora de que acabado un suntuoso refresco, se pasase á la sala del bayle: al punto buscó Mortara una de las proporciones (que por desgracia de la inocencia suelen

facilitar los saraos) para hablar con su bella Rosana, que con el mismo vestido que llevaba en el teatro, se hallaba al lado de la Princesa: la sacó á baylar, conduciéndola al parage destinado: y mientras acababan de templar algunos instrumentos le dixo: ¡ó que dichoso que era poco ha el Príncipe Rosamor! pero que desgraciado será si baxado del teatro, no puede conservar la felicidad que entónces lograba, y que mudándoos los vestidos que aun permanecen, se mudase con ellos la pasion que me manifestabais. Ella le respondió: señor, por el poco conocimiento que tengo de la persona de que me hablais, se que desempeña tan bien lo que emprehende, que no es regular pierda la ocasion de mostrarse agradecida á un hombre cuyas prendas tanto le realzan aun en medio de un concurso tan lucido. Esta dicha, le replicó Mortara, es la mayor que yo pudiera conseguir: lo vuelvo á repetir y repetiré

mil veces, que si tuvieseis despues de la comedia el mismo modo de pensar que me habeis mostrado en aquellos versos tan amorosos, tan bien expresados, y que estan grabados en mi corazon, me llamaria el hombre mas feliz de la tierra: no habria dicha que igualase á la mia, y sacrificaria todos los momentos de mi vida, si fuesen admitidos, en vuestras aras.

Llevaba trazas de no concluir tan pronto, segun lo engolfado que se hallaba, y aun de comprometer el secreto de Oxîlax, que no sabia que responderle, si los instrumentos no hubiesen hecho señal de dar principio el bayle; lo que le precisó á suspender la conversacion. Oxîlax observaba en Mortara una inquietud, que daba indicios de la que sufria en su interior; y temeroso de dar á conocer la que él mismo experimentaba, procuró apartar la vista de un objeto que le iba siendo muy caro. Acabaron de baylar, y la

aparente Rosana fué á tomar el asiento que á su lado le tenia guardado la Princesa: Mortara hizo quanto pudo para ocupar otro inmediato; pero no le fué posible conseguirlo en toda la noche, ni el de volverla á hablar sino tal qual palabra suelta y delante de Arisma. Esta no podia contener la risa al considerar el chasco que se llevaba Mortara, y así pasaron unos ratos divertidos; aunque ya para Oxîlax no lo eran tanto ni tan indiferentes como la Princesa pensaba; pero esta que creia engañar, era la engañada (a); y no contenta con lo que habia pasado, advirtió á Oxîlax, acabada la funcion, que queria prosiguiese con el disfraz al dia siguiente.

Aquella noche, despues de re-

(a) A quantos les sucederá esto; pero no llegando á descubrirse siempre, no puede servir de exemplo para que otros se abstengan aunque no sea sino mirando por sí mismos.

tirados cada uno á su quarto, no podia la amable y disfrazada Oxîlea desechar de su memoria al apasionado Mortara: de suerte, que la pasó desvelada; paró su consideracion en lo que la aprehension de su primer disfraz habia podido en la imaginacion de Arisma, y las conseqüencias que preveia resultarian contra su reciente inclinacion, que en breves instantes hacia los mas rápidos progresos en su tierno corazon. Ya se resolvia á manifestar su secreto en la primera ocasion, ya temia la resultas que podrian seguirse, y ya determinaba olvidar á Mortara; pero no le era posible, pues tenia retratadas y grabadas en lo mas íntimo de su pecho todas las gracias que acompañaban su persona, aquella eficacia con que mostraba lo sincero de su amor, su brillante nacimiento, y quanto conducia á aumentar su desasosiego; resultando de estos varios contrastes, el conocer que lo amaba ya tanto y tan de

veras, que no podria ser dichosa sin él; y esperando todo del tiempo, procuró aprovechar el poco que le quedaba de la noche, apartando, quanto le fue posible, del pensamiento, unas ideas que pudieran impedirle el reposo, de que necesitaba.

Llegó el dia siguiente, y á la impaciente Arisma, pareciéndole que tardaba en ver á su favorecido Oxîlax con el (que ella creia) disfraz, lo envió á llamar, para que luego viniese á su quarto; obedeció al instante, aunque algo pesaroso, pero era preciso complacer á la hija de su Soberano. Halló á la Princesa acompañada de toda su familia, y su llegada fué el objeto de los dichos de todas, y aun de la misma Arisma, que para compensarle de lo que sufria por ella, quiso por su misma mano arreglarle el peinado y demas adornos, vistiéndole un rico trage, que aun no habia estrenado: manifestando la mayor complacen-

cia en ver quan bien le caia; y acercándosele al oido, con el mayor disimulo le dixo: ¡Ay Oxîlax! como doblas los triunfos: no contentándote con los que adquieres sobre nuestro sexô, sino que tu ambicion conquista y quiere dominar hasta sobre el tuyo: y continuando en voz alta ¿qué dirá el Príncipe de Mortara quando sepa nuestro engaño? Ha, señora, respondió Oxìlax, tened presente que no soy yo quien lo engaña, sino solamente vos, á quien obedezco: para lo que tendreis pensada ya, regularmente alguna satisfaccion, no solo por lo que toca á Mortara, mas tambien para el Príncipe Marimaro su primo. En quanto á eso replicó Arisma, yo me encargo de que queden satisfechos.

Quando estaban en estos coloquios, en que tanto interes tomaba la Princesa, la avisaron que su padre la estaba esperando en su quarto, con toda la corte y los Príncipes del

Pegú, al punto haciendo una seña de que la siguiesen, se presentó con todo su acompañamiento en el quarto del Rey su padre, con quien se escusó de la tardanza, y besándole la mano, pasó á un lado del salon, á donde el Príncipe Marimaro se le acercó; y Mortara hizo lo propio hacia Oxîlax (que arrebataba los ojos del concurso, aunque con diferentes motivos). Mortara no tardó en hacer caer la conversacion sobre el asunto que tanto le interesaba: y así, con voz bastante baxa le dixo, ¿seria tan dichoso que mereciese respuesta la gracia que anoche os pedí en el bayle? ¿debe esperar mi rendimiento ser admitido? ¿os moverá mi situacion, divina Rosana? ella algo confusa, le respondió: estoy tan poco acostumbrada á oir semejantes discursos fuera del teatro, que no hallándolos aquí aproposito, no sé que responderos; ademas que me conozco tambien.

En esto, repara el Rey en Oxî-

lax, y extraña verlo aun vestido de muger: no pudo disimular el disgusto que le causaba ver que continuase una chanza, que ya dexaba de serlo por lo pesada: y en que veia expuesto á ser objeto de la risa de toda la corte, al primo del que venia á ser su yerno. Miró á la Princesa con un semblante tan enojado, que esta conoció ser su voluntad que cesase la escena. Mortara, como no tenia antecedente alguno, continuaba insistiendo en su violenta pasion con su idolatrada Rosana; y esta se hallaba en el mayor apuro, respondiendo, quando no podia ménos, con palabras equívocas, para no quedar en descubierto por ningun lado: en esto, se acerca la Princesa (y tan á tiempo para Oxîlax, que peligraba ya su secreto á las repetidas instancias del enamorado Mortara, que le pedia lo hiciera dichoso), y le dice á este: señor, bien puede ser que haya abusado demasiado de vuestra bondad la

Princesa Arisma; pero aquí la teneis esperando de vuestra discrecion y cortesía el perdon de una chanza, que no ha llevado otro fin que el de sorprehenderos por un poco de tiempo. Habeis de saber que la dama con quien hablais baxo el nombre de Rosana, será (mudando el vestido que la disfraza, en el propio de hombre que le corresponde) el amable Oxìlax; yo he tenido sola la culpa de esta ficion, y así es justo que yo misma os la declare: estos dias dedicados á la alegría y regocijo, puede merecer que se mire con ménos rigor esta inocente superchería.

Considere qualquiera la sorpresa que causaria este discurso en el pecho del apasionado y burlado Mortara: mudáronsele los colores, pasando de encendidos como fuego, á pálidos como la cera, no podia sostenerse sobre sus pies, y todo temblando, miró á la Princesa, miró á Oxìlax, y no sabia por donde

principiar á responder (tan desconcertado como todo esto se hallaba su ánimo); pero queriendo salir prontamente del paso, solo le dixo á la Princesa Arisma, haciéndole una profunda reverencia: señora, todo le es lícito á una persona que está para casarse con mi Príncipe y señor; y saliendo precipitadamente se retiró á su casa.

Todos conocieron lo picado que iba; y la Princesa en particular lo sintió mucho, é hizo que le siguiesen y observasen sus designios: no permitiendo á Oxîlax que se apartase por entónces de su quarto, hasta que quedando sola con él, y una dama de su confianza, viéndose sin testigos, retirándole á un lado, no pudiendo ya disimular su pasion, se le declara abiertamente atropellando todo respeto, y diciéndole, que por él va á despreciar el trono del Pegú, con la mano de Marimaro: que ella buscará medios para que no llegue á efectuarse

su casamiento, que no quiere sacrificar su amor, su vida, ni sus satisfacciones á la razon de estado, que prevee una cruel guerra; pero que no seria cosa nueva entre Siameses y Peguanos; y que pues él era el hijo del vencedor de estos, desde luego se prometia igual fortuna de su valor, de su cariño y de su noble modo de pensar.

Habló todo esto tan precipitadamente que no pudo Oxîlax interrumpirla: y considerando á lo que la arrastraba su error, no halló ya otro arbitrio para atajar tantos males, sino el de revelarle su disfraz: en efecto, echándose á sus pies, le dice: ya no es tiempo, bella Arisma, de callar, quando todo vuestro sosiego, el de la patria, y aun el mio mismo, pende de que yo hable; y le declara ser Oxîlea, con todas las circunstancias de su transformacion.

Parece que la naturaleza le habia criado para sorprehender á todos. Arisma quedó inmóvil, como

quien no acababa de creer lo que veia, y mas, quando perdia tanto en el desengaño, pareciéndole que no podia ocupar otra pasion alguna su lugar; pero consultando la razon, logró serenarse y consolarse; y alzándola del suelo, y echándole al cuello sus brazos, le dice: cree amada Oxìlea, que guardaré tu secreto hasta que quieras que lo descubra: desde este instante mi amor se ha trocado en la amistad mas sincera; ¡pero qué amistad! tan grande como lo era el amor, y que durará eternamente.

Con esto se separaron, y Oxîlea fué amudar de trage, volviendo á su antiguo de hombre; pero apenas podria haber llegado á su quarto la Princesa Arisma, quando le dieron aviso de que Mortara estaba enfurecido contra Oxîlax: que habia jurado vengarse, que queria desafiarle y reñir hasta que muriese en sus manos: con este sobresalto pasa al quarto del Rey á conferenciar so-

bre el modo de evitar que se efectuasen las amenazas de Mortara: el Rey fué de parecer de dar á Oxîlax la comision de reconocer una de las plazas fronterizas, cuyas fortificaciones se estaban construyendo. Esta deliberacion se puso prontamente en execucion, y aun no habria pasado una hora, quando Oxîlax se halló de improviso con una órden superior de marchar al instante. La gran precipitacion con que lo alejaron de la corte, fué causa de que no hubiese tiempo para escoger el carruage que habia de trasportarlo á mas de cien leguas de distancia; de suerte que á dos jornadas de Siam, se rompió un exe, y de la caida salió mal herido en una pierna; cuyo motivo le hizo detener en cama mas de quince dias en la posada.

En este intermedio, habiendo sabido Mortara el viage acelerado de Oxîlax, se pone mas iracundo por ver retardada su venganza, se informa sin embargo cuidadosamente del

destino y camino que llevaba: hace los preparativos para ir en su seguimiento, y está impaciente de ver que para ocultar su proyecto, le es preciso detenerse; pero por mas ocultos que los llevase, las espías que le observaban de cerca, traslucieron algunos movimientos, y dieron aviso á la Princesa, la que envió á llamar á Mortara. Obedeció este á su mandato con la mayor prontitud y obsequioso rendimiento, para disimular mejor su idea, su resentimiento y desazon; no creyendo que pudiese tener la menor noticia de su intento. Así que Arisma le vió entrar, mandó que la dexasen sola, y le habla en estos términos. Príncipe, no es de las personas de tan ilustre nacimiento como el que teneis, de quien se debe desconfiar sepan guardar un secreto: yo ne visto hasta donde puede llevar el punto de honor la nobleza del Pegú; y si ántes hubiese conocido su delicadeza, no me hubiera expuesto á daros,

no digo motivo, pero ni aun la mas mínima sombra de ofensa; digo sombra, porque habeis de saber, que el resentimiento que mostrais de la aventura pasada, me obliga á manifestaros que la persona que tanto amais, es realmente una muger: no os espanteis, habia jurado guardar un secreto que de nadie es ni aun sospechando, y de poco acá, de mí sola sabido: mirad si confio mucho de vos, pues comprometo los intereses de mi querida Oxîlea, á quien razones de mucha consideracion, la obligan á disfrazar su sexô; satisfecho debeis estar de mi confianza, que se dirige á la comun tranquilidad.

Señora, respondió Mortara, me voy acostumbrando ya á no oir de vuestra boca sino cosas que me llenan de la mayor admiracion y me sorprehenden; pero esta me es muy lisonjera, por lo favorable que es merecer vuestra confianza, y asimismo por renovarme una esperanza

que me habia abandonado, llevándose mi sosiego; no sé donde hallar voces que expresen mi reconocimiento sino asegurando que el depósito de este secreto no saldrá de mi pecho, ni causará jamas perjuicio á la amable Oxîlea: y dándole repetidas gracias, se despidió.

Desde este punto, en que quedaba Oxîlax á cubierto de los resentimientos de Mortara, mandó la Princesa que dexaran de acecharlo; pero el Príncipe, de vuelta á su casa, considerando lo que le habia pasado, lo creia ilusion de su fantasía, y no podia acabar de realizar una mutacion tan importante á su felicidad: estuvo discurriendo mucho tiempo, sin atinar con los medios que lo conducirian mas bien y prontamente á ella; y como habia de ser uno que no diera á conocer, ni aun á sospechar que estaba enterado del secreto que habia prometido guardar: se confundia en sus proyectos; en fin, tanto revolvió

en su acalorada imaginacion, que decidió á favor de uno de los mas extraordinarios, en el que se fixó sin tomar parecer de nadie; y fué valerse de su juventud y de mas gracias con que la naturaleza le habia dotado, tomando el trage de muger, y disfrazado transplantarse al parage donde se hallaba el objeto de su amor; y sin darse á conocer, procurar grangear su amistad, merecer su cariño, y en fin, tentar quantos medios fuesen asequibles hasta que asegurado se declarase; mas si resultaba de sus averiguaciones ser aborrecido, se proponia dar fin á todo, dándose la muerte.

O si supiera que no necesitaba mas que presentarse para lograr su amor: ¡qué inútiles le hubieran sido sus sutiles estratagemas y combinadas disposiciones! ¡qué rápidos progresos le esperaban, y como se los retardaba procurando llegar al fin por unos rodeos que él tenia por mas acertados y breves para su logro!

Era preciso que Mortára admitiese á alguno en sus designios para que le ayudase: este era otro cuidado que le traia desvelado; pero habiendo venido con él un tio suyo desde el Pegú (que estaba en su compañía, y de quien conocia el cariño y bondad), se determinó á interesarle en su empresa. Este era Acelio, un anciano prudente, que daba á cada edad lo que era suyo: y así, era bastante indulgente con la juventud quando no comprometian su honor; habia seguido la carrera militar, y sabia tambien lo que era amor. En fin, habiéndoselo declarado, y confiádole su proyecto, quedó el tio algo pensativo; pero temiendo de la resolucion de su sobrino, que fuese á dar en manos de quien lo precipitase en lugar de ayudarle: le prometió su asistencia, y lo primero que hizo fué salir á cazar el dia siguiente con su sobrino: y á la vuelta echar la voz de que habia muerto al rigor de un furioso javalí, para

que por este medio no lo echasen ménos: y haciéndolo ocultar , aparentó el mayor sentimiento, despidió los criados , premiando ántes lo bien que habian servido á su sobrino: ideó un viage á la casa de campo de un amigo suyo; y habiendo tomado todas las medidas que exîgian el secreto y la prudencia : pasaron á emprender la marcha por la noche, disfrazado ya Mortara en el trage conveniente á sus ideas. Entró con su complaciente tio en un carruage muy ligero, que este por sí mismo gobernaba pasando Mortara en los tránsitos en que indispensablemente era preciso hacer descanso por sobrina de aquel oficial , baxo el nombre de Támiris.

Llegáron en breve á la ciudad á donde tenia Oxîlax su comision: fueron á parar á una posada; y habiéndose informado, supieron que aun no habia llegado allí; lo que extrañaron mucho; y tuvieron por frustradas todas sus ideas ; mas dió

la casualidad, llegar á su noticia que Aremona, madre de Oxîlax, se habia retirado á esta ciudad despues de la muerte de su amado esposo y de la ida de su hijo con su hermano. Era esta señora conocimiento antiguo de Acelio, por haber estado este muchos años en la corte de Siam, y haber profesado grande amistad con Anciro: con esta noticia fué á verla, y le presentó tambien á su fingida sobrina; pretextó la ida á aquel pueblo por algunos dias, para que Támiris mudase de ayres y esparciese el ánimo que le tenia sobrecogido una fuerte melancolía, producida de la desgraciada muerte de su primo Mortara, á quien queria como á sí misma.

La amable Aremona tomó tanta inclinacion á la aparente Támiris desde el punto que la vió, que no les permitió permanecer mas tiempo en la posada, instándoles á que admitiesen su casa: acetaron sus ofrecimientos: siéndole de buen presa-

gio al enamorado Mortara, pues esto le proporcionaba mayor oportunidad al logro de sus ideas.

Aquella noche, reparando el Príncipe de Mortara que Aremona despues de la lectura de un papel que le habian traido, se habian inmutado y suspiraba; como interesado en la quietud y alivio de una persona tan allegada al objeto de su amor, procuró indagar el motivo para ver si podia darle algun consuelo; pronosticándole su leal corazon con sus latidos, que le cabia algùna parte. Aremona agradecida á la que tomaban en su afliccion los nuevos huéspedes, les satisfizo diciéndoles, que acababa de recibir la noticia de que su hijo Oxîlax, que venia comisionado al reconocimiento de aquella plaza, habia caido del carruage y se habia herido en una pierna; pero que sin embargo, al escribirle se hallaba ya tan mejorado, que era de presumir verlo allí dentro de poco como se lo prometia. El cariño que

habia hecho su efecto en Aremona fué causa de no poder disimular este contratiempo, por mas que lo habia procurado para no turbar la tranquilidad de sus amables huéspedes; estos hicieron lo posible para aquietar su ánimo, contribuyendo mas que otro alguno con sus caricias, aquel que necesitaba de los propios ó de mayores auxîlios, sintiendo hallarse atado y no poder volar á su socorro.

Ocho dias se pasaron con este sobresalto, y al cabo de ellos vino el deseado Oxîlax á calmar la pena que en todos causaba su caida y su tardanza. Aremona recibió los primeros abrazos; y despues de haberlo tenido estrechado con ellos un gran rato, lo presentó á sus amables huéspedes. Oxîlax que no podia maliciarse que venia á pagar un engaño con otro, y mas quando no cabia desconfianza en casa de su misma madre: no pudo ménos de admirar la semejanza que hallaba has-

ta en la mas mínima accion, entre Támiris y el Príncipe de Mortara; y quizas fué esto lo que le obligó á mostrarse mas obsequioso de lo que al parecer debia, con un sugeto que suponia de su mismo sexô; y que no estando su corazon para emprehender otra vez un engaño, que le acusaba aun en su interior la temprana muerte de Ismelia, debia huir de volver á caer en la misma ocasion.

A Oxîlax le poseia una grandísima tristeza, habiéndola comunicado igualmente á todos los de la casa, los que la atribuian á efecto de su caida; y así procuraban contribuir á restablecer su humor placentero; pero era en valde, pues nadie podia sacarlo de su languidez y abatimiento. ¡O si la bella Támiris, que se esmeraba tanto en su cuidado, hubiese sabido que ella misma era la que le causaba los tormentos que padecia, y que recordaba sin cesar con su presencia! ¡qué

presto le hubiera hecho recuperar su antigua alegría! En efecto, la fingida y desgraciada muerte de Morgara, que Oxilax habia sabido en el camino, lo preocupaba de tal suerte, que llegó hasta aborrecer la vida. Sin embargo, no podia su agradecimiento dexar de estimar en Támiris la suma complacencia que le mostraba, y las demas prendas amables que descubria en su trato; y sentia alguna suspension en su continuado martirio, con su conversacion, sazonada con chistes y anecdotas históricas que solian distraerlo.

Insensiblemente supo grangearse Támiris el cariño y amistad de Oxilax, que era el único fin y objeto que se habia propuesto; pero este sentia en su interior que ella se le apasionase; y se decia á sí mismo: que bueno fuera que engañada con mi disfraz fuese tambien víctima de su error. ¡Cielos! ¡quando dexaré de hacer desgraciadas, no pudiendo hacer ya ningun dichoso! pero no, no

lo consentiré, no me prevaldré de la ilusion, ni mancharé lo sagrado del hospedage con semejante traicion. Con estos propósitos no surtian tan buen efecto, á lo ménos en la apariencia, los artificiosos cuidados de Támiris; he dicho en la apariencia, pues en la realidad habian hecho todo lo que él se habia prometido; pero como Oxilax disimulaba temiendo sus resultas, era dificultoso darle á conocer lo que habia adelantado. Sin embargo, proseguia (sin cansarle lo remota que miraba su dicha) con sus ardides para lograr el salir de tanto sobresalto: y un dia para sondearlo, le dixo: todos han dado en que me parezco al difunto Príncipe de Mortara, mi primo, y lo siento en gran manera, porque he sabido que los dos habiais tenido ciertas etiquetas y desazones, y no quisiera que me alcanzase parte de vuestro rencor solo por la semejanza. Es verdad, hermosa Támiris, que os pareceis mu-

cho á vuestro primo, le respondió Oxilax, y que una complacencia que quise tener por la Princesa Arisma, pudo atraerme su enojo, pero jamas le aborrecí: mas aunque hubiese tenido esa flaqueza ¿por qué habia de recaer en vos á causa de pareceros á él? Seria demasiado rigor, así como lo seria, si por una fatal estrella que me persigue, me hubiese acarreado el de vos porque os pareceis á él. Seria injusto, replicó Támiris, y yo puedo asegurar, que si el aborrecimiento se apoderase alguna vez de mi corazon, no seria Oxîlax el que lo ocasionara. No me contento, replicó Oxilax, con que dexen de aborrecerme; la diferencia es un verdadero desprecio; y así deseo y quiero que me profesen amistad. Hasta aquí llegaba la convertsacion, sin que la disfrazada y enamorada Támiris pudiese sacar consequencias que satisfaciesen enteramente su deseo, y viendo inutilizados los medios de que se habia

valido hasta entónces para sondear, no si ella era querida, sino si Mortara lo seria si viviese; para desengañarse de una vez, tomó la resolucion de aclarar un punto tan importante á su sosiego, y habiéndole ocurrido uno que puso en execucion surtió el efecto deseado.

Este fué escribir una carta aquella misma noche, dirigida á Oxilax: que cerró y puso encima de una papelera de su quarto. Esta carta estaba concedida en los términos siguientes: "ya os acordareis, sin duda, Oxîlax, del insulto que me habeis hecho exponiéndome á ser el objeto de las bufonadas de toda la corte de Siam: yo no he muerto, como hice correr la voz, ántes me hallo tan vivo para vengar mis injurias, que os espero sobre las armas mañana al amanecer en el paseo de las Palmeras á la entrada de la ciudad. = El Príncipe de Mortara."

Era su designio, si aceptaba el desafio Oxilax (mirando esta accion

como una prueba de que no le amaba), no defenderse, y dexarse atravesar de su espada: declarando al tiempo de morir, que conocia su sexô, y que habia querido acabar á manos de quien su grande amor no habia podido merecer, haciéndosele insoportable la vida sin su posesion; y si no salia al parage señalado, se prometia algunas esperanzas; volviéndole á escribir una ó mas veces, segun observase ser conveniente, hasta obligarla á declararse ella misma, ó bien le diese motivo para que él lo hiciese. Pero no llegó el caso, como él pensaba; pues al encontrar Oxilax la carta y leerla, fué tal su turbacion viendo que no habia muerto (como habia creido) su idolatrado Mortara, que renovándosele todo su amor, rebosaba su corazon de alegría; ¡pero qué poco gozó de ella! turbándosela la reflexion de verse dentro de pocas horas en la cruel necesidad de matar al que tanto amaba ó de morir ella á

sus manos: no hallaba medio ni partido que abrazar que le estuviese bien á su honor, sino el de aceptar el desafio; haciéndosele duro el declarar su sexô y su amor, volviendo á tomar el trage que le correspondia; figurándosele que esto seria una humillacion, á la que debia preferir la muerte, y que no faltaria quien lo atribuyese á falta de valor y miedo de morir, ó á demasiada desenvoltura; y aunque en su sexô era disculpable lo primero, no podia resolverse á lo segundo. Batallaba en este mar de confusiones y perplexìdades, tan absorta y fuera de sí, que no habia hecho reparo en Támiris, que habia entrado y la estaba observando: hasta que alzando los ojos, como quien despierta de un profundo letargo, la descubrió cerca de sí: pidióle perdon de su distraccion, le ofreció asiento, y le tomó ella á su lado: y recobrada algun tanto de su enagenacion, le dixo: bella Támiris, no seria justo,

á vista de lo mucho que os merezco, que reservase en mi pecho los secretos que le afligen y combaten hasta el punto en que vos misma me habeis visto, y sido testigo en este instante: hallen pues lugar en la amistad con que habeis querido honrarme desde que tuve la dicha de trataros; esta me promete sereis indulgente conmigo perdonándome os los haya reservado hasta ahora. Habeis de saber, hermosa y amable amiga, que soy de vuestro mismo sexô; que ciertas razones políticas é interesantes me precisaron á encubrirle, baxo este trage de hombre. La casualidad hizo que hallándome últimamente en la corte, me viese en la precision de hacer en una comedia el papel de Princesa: y asimismo que entrase en ella el Príncipe de Mortara, vuestro primo, al que persuadieron era yo verdaderamente lo que aparentaba; pero no pensaban decirle la verdad en esto. Procuraron despues

desengañarle ; pero se retiró muy sentido de la burla ; y con razon, á mi parecer. Es menester que advirtais, querida Támiris, que el Príncipe de Mortara, miéntras me vió (que fué siempre vestida de muger), me demostró el amor mas violento que puede expresarse ; y si he de decirlo todo, hizo en mi el mismo efecto, inspirándome otro igual: habiéndome costado su retiro mi ausencia ; y despues la noticia de su muerte, el haber yo despreciado la vida, hasta desear acompañarle al sepulcro. Vos, y todos quantos me tratais sois testigos de la melancolía que me consume. Ved ahora este papel, leedle, y considerad todo el horror de mi destino : viéndome forzada á combatir con las armas en la mano contra un Príncipe tan amable, y tal vez á traspasarle el corazon con la espada, quando su imágen hace todas las delicias del mio, y estará grabada en él eternamente. A estas palabras se le lle-

naron de lágrimas los ojos, y abrazaba tiernamente á su sensible amiga, entre suspiros y sollozos, que salian de lo íntimo de su pecho, y aun como que queria exhalársele el alma por la boca. Pero quando pensaba que el profundo silencio que observaba Támiris, dependia de que buscaba allá en su imaginacion arbitrios para sacarla de su apuro: ve, no sin admiracion y sorpresa, que se arroja á sus pies su enternecida amiga, anegada en llanto, y le declara abiertamente que él es el mismo Príncipe de Mortara. Despavorida y asustada Oxilea no sabia que hacerse: quiere huir, quiere llamar, quiere apartarlo de sí, y no sabe lo que quiere ni acierta á ponerlo por obra; pero el enamorado Mortara procura sosegarla, temiendo perder la dicha que tanto le costaba: y le dice, que pues su sincera confesion lo hacia feliz, y le hacia apreciar la vida, que ántes le era gravosa sin su amor: lo acabase de hacer venturoso, perdo-

ñándole el extraordinario medio de que se habia valido para arrancarle el secreto, de que pendia su exîstencia.

En este momento entran Aremona y Acelio, y los hallan en este lance tan patetico: Acelio saca de él anuncios felices y lisongeros, y Aremona confusiones: ve turbada á su amada hija Oxìlea, Támiris á sus pies, y ambos llorando; pregunta y nadie le responde, solo el semblante de Oxilea lleno de aquel rubor que aumenta la hermosura, da á entender la grande revolucion que padece. Mortara se explica sin querer, y hace temblar á Aremona, temiendo que su hija por indiscrecion haya revelado el secreto (de que se cree única depositaria), y que de aquí resulta un cruel reves á su fortuna. Habla por fin Acelio haciendo relacion del caso; presenta los dos amantes á la ya desengañada Aremona, pidiéndole que perdone á los tres. Y conociendo esta que

las ventajas que resultaban de este enlace eran con exceso mayores á las que gozaba con el disfraz Oxîlea asintió á todo lo que deseaban de ella, abrazando á sus hijos y amigo, y bendiciendo á la Providencia que por tan raros accidentes los habia conducido á su felicidad. Oxîlea y Mortara fueron á trocar de vestidos para no volver ya á usar en adelante, sino de los que eran propios de su sexô, abandonando para siempre los que habian retardado tanto su dicha.

Al otro dia se dispusieron los quatro para marchar á Siam, y en breve hicieron el viage con toda felicidad. Entraron en la corte, donde su inesperado arribo, junto con unas circunstancias tan extraordinarias, dió motivo á la mayor admiracion, causando una deleitable sensacion en los corazones de todos. Vieron al que tenian por Oxîlax que quitando su disfraz aparecia otra vez con todas aquellas gracias que

la habian aplaudido en el teatro, y hacer muchas envidiosas con el nombre de Oxîlea. Veian asimismo en su compañía al ya dicho Mortara llorado, por muerto, y tenido por su mayor contrario. Todos sorprehendidos deseaban aclarar tantas dudas como se les ofrecian; pero el Rey que conoció que el deseo de todos era de la misma especie que el suyo, mandó á Oxîlea que hiciese la relacion de tan varios acontecimientos. Ella obedece gustosa grangeándose nuevas satisfacciones. Así que satisfizo con su acostumbrado donaire la curiosidad de todos, quiso el Rey para complemento de sus felicidades y satisfacciones ser padrino de estas bodas, y obtenido por su mediacion el permiso del Rey del Pegú para Mortara, estando asimismo para celebrarse las de Marimaro con Arisma, (que á causa de haber caido enferma, quizás como se sospechó por la ausencia de su amada Oxîlea, no se habian efectua-

do ántes) se hizo este doble enlace con la mayor magnificencia, y con primorosas y bien dispuestas funciones, que llenaron á todos del mayor contento y gozo; pero para que se verifique que este no puede ser jamas completo ni permanente; la ausencia que se siguió á tan felices dias cubrió la brillante corte de Siam de un lúgubre sentimiento faltándoles las dos hermosas prendas, que hacian su mayor adorno y ocupaban todo su cariño; pero era preciso, y ya se esperaban con impaciencia al Príncipe Marimaro en el Pegú. Fueron muchos los que acompañaron en este viage á los nuevos desposados, no pudiendo separarse del encanto de tan amables personas.

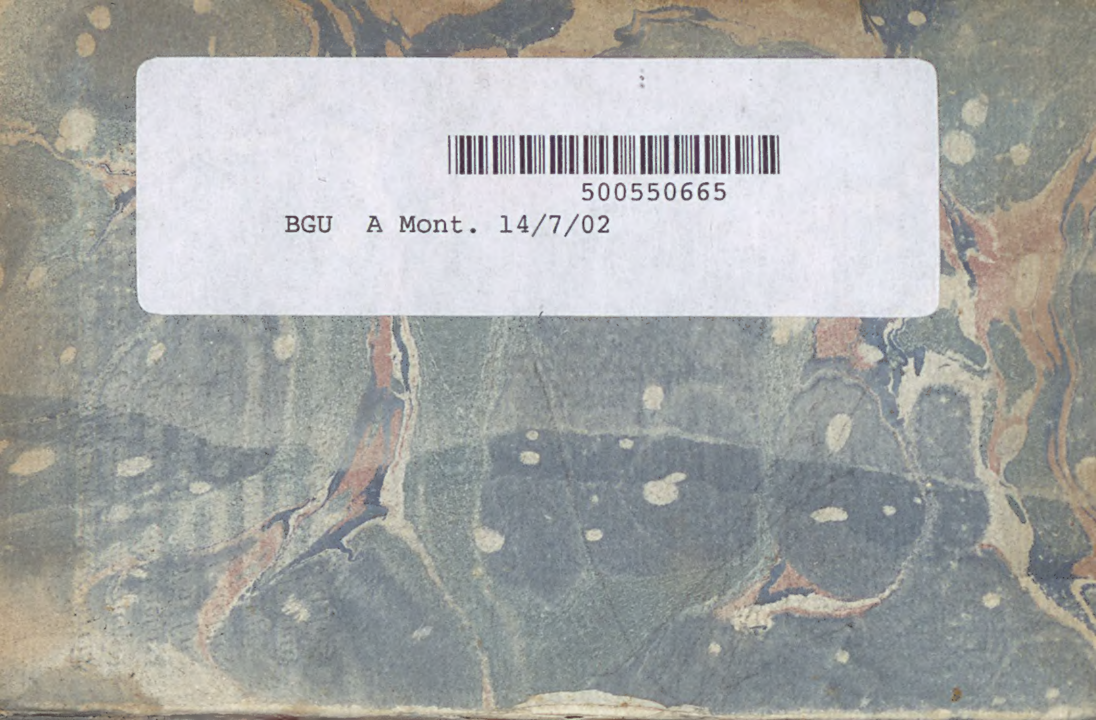
A su arribo al Pegú se renovaron los regocijos, y duraron muchos dias. Pero aun le esperaba otra mayor dicha á Oxìlea, sin embargo que la logró á costa del mayor sentimiento como era la separacion de su constante y siempre leal ami-

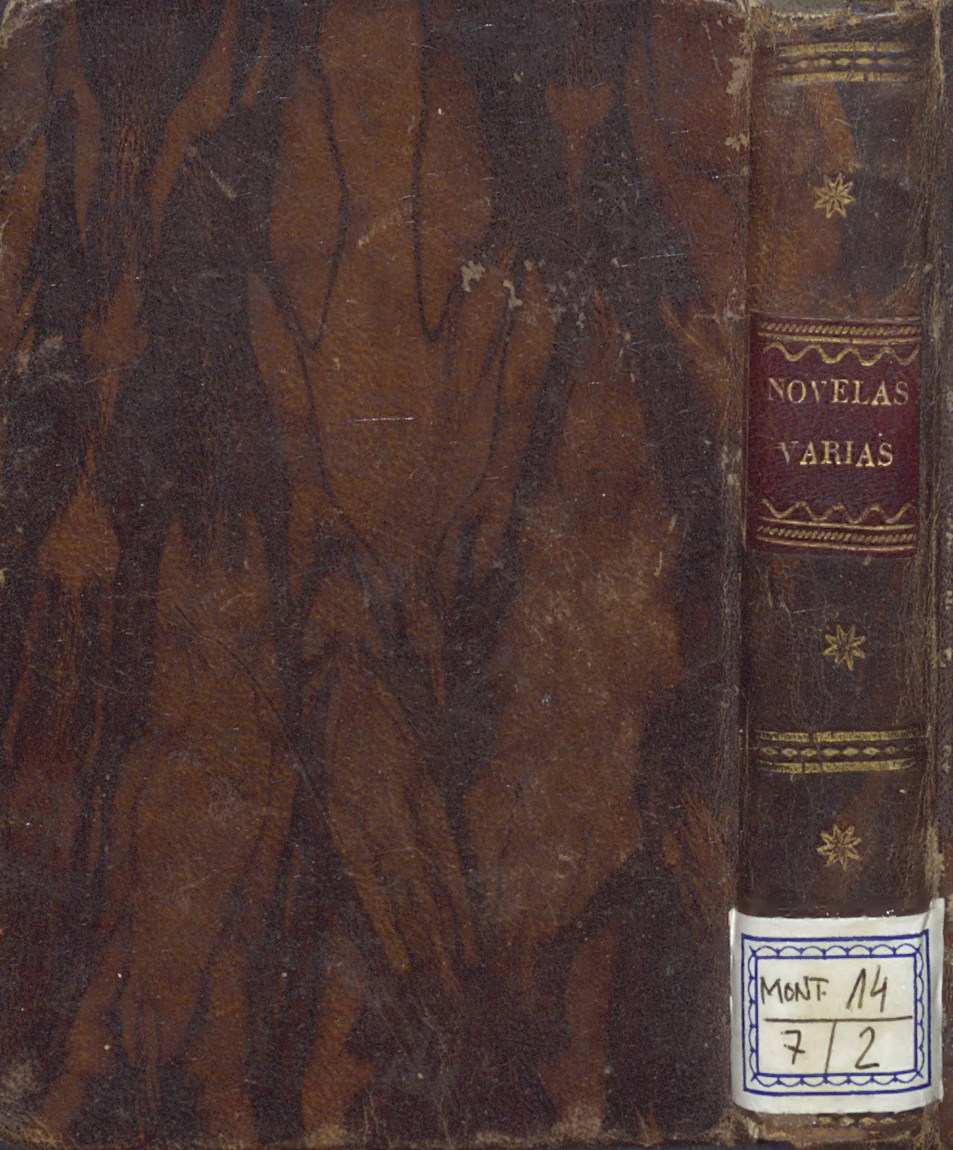
ga, la Princesa Arisma. Fué el caso, que habiendo Marimaro ido á una partida de caza, se le desbocó el caballo y lo destrozó. La noticia de esta desgraciada muerte reduxo á todos al mayor conflicto, perdiendo las únicas esperanzas del Pegú. El dolor de esta fatal desgracia hizo tal împresion en el padre de Marimaro, que le conduxo al sepulcro dentro de pocas horas. Por cuyo motivo vino á recaer la corona en el Príncipe de Mortara como el mas inmediato sucesor al trono: Oxilea por consiguiente vino á ser Reyna de uno de los mas fértiles y ricos paises de toda el Asia.

Oxîlea hizo quanto pudo para que Arisma se quedase á fin de partir con ella la dicha que lograba; pero ciertas razones que se dexan discurrir la hicieron volver á su amada patria; prometiendo mantener una correspondencia, que habia de ser la mejor parte de las satisfacciones de ámbas. Oxilea siempre que-

rida de su amante y fino esposo, y logrando asimismo la dicha de haber tenido de tan dulce union unos hijos virtuosos, en quienes perpetuar sn memoria, acabó sus dias llena de felicidades.

ducido á mi; pero sin libertarte de la
fragilidad y de los errores. Cesa, ces
de lamentar la pena que has sufrido por
conseguirlo. ¡Ah, y cuán pocos son los
que caminan por la *Isla de la Ve[illegible]dad*
con paso firme y seguro!=¡Qué, es esta
la *Isla de la verdad*! ¡Ah! no me queja-
ré ya; venceré para rec[illegible]rerla cuántas
dificultades se me prese[illegible] siento, gran
[illegible]ad, renac[illegible] tengo ya
[illegible]o dese[illegible] [illegible]razos. =Tu
[illegible]ntad es [illegible] [illegible]ista. La tier-
[illegible] afirma[illegible] le un[illegible]
[illegible] hijo mio, y c[illegible]
[illegible]cibe an[illegible]
[illegible]groso[illegible]




NOVELAS
VARIAS


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm